

Envejeciendo en el confinamiento.

Dr. Felipe R. Vázquez Palacios
Ciesas/Golfo Xalapa, Ver. México

Introducción

Uno de los propósitos de las ciencias sociales, y en especial de las investigaciones antropológicas, es la construcción de sentido y significado con la finalidad de hacer comprensible la realidad que se vive, identificando ventajas y desventajas en la experiencia presente de la pandemia.

Es por ello que consideré pertinente abordar, la cotidianeidad que viven las personas mayores con el confinamiento y las problemáticas que esto trae consigo.

Se habla, parafraseando a Ammerman (2007), desde un enfoque de pandemia vivida, visibilizando la contracción del uso del espacio y los recursos, así como los cambios en las formas de convivencia que se imponen con la sana distancia, y las medidas minuciosas de higiene.

En este sentido, quiero centrar su atención en la materia prima de las ciencias sociales: la interacción social, las experiencias y las prácticas cotidianas. Con la finalidad de procesar el conocimiento local que se va configurando a través de la interacción en la cotidianidad, para posteriormente ponerlo en diálogo con el conocimiento acumulado y así crear conocimiento nuevo, en el cual aparezcan respuestas y estrategias que se traduzcan en capacidades, formas de acción y pensamiento con las cuales se trata de evitar el contagio y sus consecuencias.

La información que les presento es parte de una investigación etnográfica que se ha hecho desde mediados del mes de marzo hasta mediados de septiembre, con la participación de estudiantes, así como de amigos, familiares y conocidos de la tercera edad, tratando de reconstruir en *situ* lo que las PM están atravesando en esta pandemia. Es decir, se hace una síntesis de lo que se entiende de lo vivido (Restrepo, 2018).

Algunos datos

El confinamiento ha provocado que se entrelacen todas las dimensiones de la vida o esferas de la cotidianeidad con sus respectivas demandas tanto en tiempo, recursos y energía. Por ejemplo, el espacio de trabajo se combina con los espacios de juego, ocio y convivencia familiar y social de tal manera que ello ha generado discusiones y conflictos frecuentes. Al respecto, Una PM de 63 años comenta:

Ahora que estoy pasando más tiempo en casa, tenemos muchos roces en la familia por los programas que cada quien quiere ver en la TV. Por ello, me compré un celular y ahí veo mis programas, ya no me importa si están en la sala o en donde sea, ya todo lo hago con mi aparato, ya no necesito pelear.

Otro caso similar es el de la mamá de una alumna que platica:

Constantemente me peleo con mi mamá (de 64 años) debido a que tiene muchos *triques* que ya no usa y solo le causan polvo y cucarachas. Su refrigerador tiene tiempo que ya no sirve, pero no lo quiere regalar porque piensa repáralo, lo mismo la sala y algunos muebles de madera que ya están apolillados, ya le hemos dicho que se puede enfermar. Antes del confinamiento yo solo comía con ella, pero ahora que hemos tenido que convivir más tiempo tenemos muchos conflictos.

Lo anterior, lleva a plantear ¿Cómo vivir juntos y cómo resistir el repliegue del espacio doméstico? Pero también a cambiar las prácticas sociales, rutinas y modos de vivir. Y es que el confinamiento presenta una forma distinta de afrontar la cotidianidad, poniendo a prueba la maleabilidad de las personas que tendrán que adaptarse a distintas rutinas como desordenes en los horarios, medidas higiénicas no usuales, alteración en los ciclos de sueño e, incluso, a modificar sus actividades de ocio y prácticas religiosas.

Otra cuestión sobresaliente en esta pandemia es que el espacio doméstico se convierte en un entorno amenazante a causa de las medidas de higiene que rompen con la cotidianidad.

La mamá de un estudiante, por ejemplo, se muestra más irritable debido a que antes de la pandemia tenía una forma de vivir muy activa, ya que pasaba a recoger a sus nietos a la escuela, convivía con sus vecinos, asistía a la iglesia, visitaba enfermos e iba de compras. No poder hacer lo anterior, la pone *de malas*; a veces le da por dormir en el día y en la noche no puede conciliar el sueño. Una tía, por su parte, me comenta que ahora, pone más cuidado en la higiene utilizando cloro en vez de pinol, además de comprarse su gel que constantemente aplica en sus manos cuando ha estado en contacto con algo que no sabe su procedencia. Está acostumbrándose a cambiarse los zapatos cada vez que entra y sale de su casa y a lavarse las manos más frecuentemente.

Por su parte, una colega de 66 años, comenta que siente que depende más de ciertos servicios; por ejemplo, ha visto que su consumo de agua, luz y teléfono se ha incrementado y ha tenido que buscar quién le haga mandados y quién le venga a cortar el pelo o quien le ayude con las labores de higiene que debe tener para sentirse segura. Consume más productos como vinagre o *sprays ogeles*, y ha comenzado a desarrollar cierto temor hacia personas desconocidas o ajenas a su hogar, como la persona que trae el gas o quien la ayuda a poner los garrafones de agua en su cocina y que por necesidad tienen que pasar al interior de su hogar. Ella se siente expuesta y muestra un constante sentimiento de temor que erosiona sus relaciones con el exterior; de hecho, comenta que teme besar o abrazar a sus familiares dada su percepción del peligro que esto representa.

La información muestra, por un lado, que el espacio doméstico es el lugar más seguro, es ese espacio controlado en el que las personas mayores pueden sentirse a salvo de ser contagiadas y en el que todo depende de sus cuidados y omisiones; en otras palabras, la casa es segura porque saben ellos como hacen las cosas, qué cuidados toman y cuáles pasan por alto y porque al ir cumpliendo con sus pendientes, convierten sus viviendas en espacios confiables para habitar. Sin embargo, por otro lado, el hogar pasa de ser un

espacio de libertad a convertirse en uno de control, en el que hay que limpiarse o quitarse los zapatos al entrar, en el que se debe desinfectar tanto la comida como el dinero o la ropa; e incluso bañarse si viene de lugares públicos. En otras palabras, se convierte en un espacio de disciplinamiento e higienismo que pone en tensión a sus miembros.

Algunas reflexiones

La pandemia, luego entonces, si bien se percibe como una enfermedad de un alto riesgo de contagio, también se le aprecia como un impedimento de la interacción social a la que se está acostumbrado. Especialmente, se extraña el tacto con los seres queridos y el rompimiento de las actividades colectivas, especialmente las laborales, las religiosas y las de ocio.

La soledad de la que son objeto las personas mayores y la preocupación que tienen por el deterioro de sus relaciones se hace evidente ante la disminución de actividades de convivencia. Destaca el problema de la movilidad y las distancias, pues, con la situación sanitaria actual, las salidas prolongadas a la calle significan un riesgo.

Luego entonces priorizar el hogar es central en las políticas de salud, ya que es el resguardo donde se brinda el cuidado; donde puede uno protegerse con más elementos a la mano, donde se encuentra el alimento, se dictan y generan las estrategias y normas de higiene que pueden alejar las enfermedades; es el espacio donde se puede controlar y disponer con autonomía que hacer y qué no hacer y donde se sabe que no se está solo, pues ahí, las familias parecen confiar en sus integrantes y minimizar el riesgo de los agentes externos que comparten el espacio con ellos. Es un espacio autónomo controlado y protegido por la divinidad.

En este sentido: ¿Cómo dar opciones a las PM para continuar su camino en medio de esta realidad?

Hay que particularizar estas experiencias a través de la etnografía, para entender qué tanto está siendo afectada su vida y qué tanto se tendrá que cambiar en el futuro.

Hay que crear sensibilidad para pensar a las personas mayores desde su trayectoria.

Se observó que, en el trayecto de la vida, se generan diversas ventajas y desventajas acumuladas que configuran maneras de llegar a la vejez. Y que son justamente estas experiencias las que delimitarán si las personas mayores tienen un riesgo alto a la pandemia y su fuerte relación con el espacio doméstico.

Se requiere luego entonces como científicos sociales analizar los contextos, construir y adaptar tejidos sociales dañados a una nueva realidad, y dar una capacitación para lo que vaya a ocurrir, que permita vivir juntos, en cercanía, a

pesar del riesgo. No se puede vivir separados estamos vinculados uno con el otro, en las superficies, en el aire, en las cosas que se tocan, en el cómo se vive.

Bibliografía

Ammerman, Nancy, (2007): *Everyday religion: observing modern religious lives*, Oxford: Oxford University Press.

Goffman, Erving, (2001): *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires: Amorrortu.

Restrepo, Eduardo, (2018): *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Schutz, Alfred, (2003) *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu-